

La mercantilización de la vida íntima

Arlie Russell Hochschild

**La mercantilización
de la vida íntima**

Apuntes de la casa y el trabajo

Traducido por Lilia Mosconi

Primera edición, 2008

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *The commercialization
of intimate life. Notes from home and work*

© 2003 by Arlie Russell Hochschild

ISBN Argentina: 978-987-1283-81-1
ISBN España: 978-84-96859-41-8

I. Globalización. I. Mosconi, Lilia, trad. II. Título
CDD 327.1

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: B-50.020-2008

Índice

- 9 Agradecimientos
- 11 Introducción. Las dos caras de una idea

PRIMERA PARTE

UNA CULTURA DE DESINVERSIÓN PSÍQUICA

- 25 1. El espíritu mercantil de la vida íntima y la abducción del feminismo
- 49 2. La frontera de la mercancía
- 71 3. Los códigos de género y el juego de la ironía
- 89 4. Liviandad y pesadez

SEGUNDA PARTE

UN YO IMBUIDO DE SENTIMIENTOS

- 111 5. La capacidad de sentir
- 129 6. La elaboración del sentimiento
- 155 7. La economía de la gratitud
- 177 8. Dos maneras de ver el amor
- 189 9. Los caminos del sentimiento

TERCERA PARTE

EL DOLOR REFLEJO DE UNA SOCIEDAD CONFLICTIVA

- 207 10. De la sartén al fuego
- 219 11. El colonizador colonizado
- 237 12. La familia fracturada
- 253 13. Cuando los niños escuchan las conversaciones

CUARTA PARTE

LA ECOLOGÍA DEL CUIDADO

- 269 14. Amor y oro
285 15. La geografía emocional y el plan de vuelo del capitalismo
307 16. La cultura de la política

QUINTA PARTE

PERSONALMENTE HABLANDO...

- 325 17. En el reloj de las carreras laborales masculinas

365 Bibliografía

En el dormitorio situado en el sótano de la casa donde trabaja, en la ciudad de Washington, Rowena Bautista ha colocado cuatro fotografías sobre la cómoda: dos son de sus hijos –que quedaron en Camiling, una aldea agrícola de Filipinas– y las otras dos son de los chicos de quienes ha sido niñera en los Estados Unidos. Las fotografías de sus hijos, Clinton y Prince, datan de hace cinco años. Tal como le contó recientemente a Robert Frank, reportero del *Wall Street Journal*, esas fotos “me recuerdan cuánto he perdido”.¹ Ha perdido las dos últimas navidades y, en su más reciente

* Este ensayo también fue incluido en Barbara Ehrenreich y Arlie Russell Hochschild (eds.), *Global woman: Nannies, maids, and sex workers in the new economy*, Metropolitan Books, 2003. Se incluye aquí con permiso de la editorial.

¹ La información sobre Rowena Bautista se extrae del artículo de Robert Frank, “High paying Nanny positions puncture fabric of family life in developing nations”, *Wall Street Journal*, 18 de diciembre de 2001. Todas las entrevistas en las que no se aclare lo contrario son de mi autoría. También véase Hochschild, 2000: 32-36. El análisis sobre la “globalización de la maternidad” que hizo Rhacel Parreñas en su disertación de 1999 me llevó a reflexionar sobre el tema por primera vez; véase también *Global servants* (2001), de dicha autora. También véase el filme *When mother comes home for Christmas*, dirigida por Nilita Vachani. En general, hasta hace poco tiempo se ha hecho escaso hincapié en el tema del “drenaje de cuidado”, incluso entre los académicos cuyo trabajo se centra en el género. Gran parte de los escritos sobre la globalización hacen foco en el dinero, los mercados y el trabajo masculino. Gran parte de las investigaciones sobre las mujeres y el desarrollo, por otra parte, ponen el énfasis en el impacto producido por las políticas de ajuste estructural (ligadas a los préstamos del Banco Mundial) en la vida cotidiana de las mujeres y los niños. Entretanto, la mayor parte de las investigaciones sobre las mujeres trabajadoras en los Estados Unidos y en Europa se concentran en la imagen de un malabarismo imparcial de dos personas o en la “supermamá” solitaria, omitiéndose el cuidado de los niños. Afortunadamente, en años recientes, Evelyn Nakano Glenn, Janet Henshall Momsen, Mary Romero, Grace Chang y otras becarias han producido investigaciones importantes sobre los inmigrantes que realizan trabajo doméstico.

visita al hogar, Clinton, que ya tiene 8 años, se negó a tocarla. “¿Por qué volviste?”, le preguntó.

Hija de una maestra y un ingeniero, Rowena Batista estudió ingeniería durante tres años, pero luego abandonó la carrera y viajó al extranjero en busca de trabajo y aventuras. Unos años más tarde, durante sus viajes, se enamoró de un ghanés obrero de la construcción, tuvo dos hijos con él y regresó a Filipinas con su nueva familia. Como no conseguía empleo en Filipinas, el padre de sus hijos se trasladó a Corea en busca de trabajo y fue perdiendo contacto con ellos.

Rowena viajó nuevamente al Norte para engrosar las crecientes filas de madres del Tercer Mundo que trabajan en el extranjero durante largos períodos de tiempo porque el dinero que ganan en su país no les alcanza para vivir. Dejó a sus hijos con su madre, contrató una niñera para que ayudara en la casa y viajó a la ciudad de Washington, donde tomó un empleo de niñera cuyos ingresos equivalían a los de un médico rural en las Filipinas. De los 792.000 trabajadores domésticos legales de los Estados Unidos, el 40 por ciento son extranjeros, igual que Rowena. De los inmigrantes filipinos, el 70 por ciento son mujeres, como Rowena.

Rowena llama “mi bebé” a Noa, la niña estadounidense que está a su cuidado. Una de las primeras palabras de Noa fue “Ena”, diminutivo de Rowena. Y la pequeña ha comenzado a balbucear en tagalog, la lengua que su niñera hablaba en Filipinas. Rowena levanta a Noa de su cuna a las 7:00 de la mañana, la lleva a la biblioteca, la hamaca en el parque y se acurruca con ella a dormir la siesta. Tal como le explicó a Frank, “le doy a Noa lo que no puedo darles a mis hijos”. A su vez, la niña estadounidense le da a Rowena lo que ésta no consigue en su hogar. En palabras de Rowena, “me hace sentir madre”.

Los hijos de Rowena viven en una casa de cuatro dormitorios con sus abuelos maternos y otros doce miembros de la familia, ocho de ellos niños, algunos de los cuales también son hijos de mujeres que trabajan en el extranjero. La figura que ocupa el lugar central en la vida de los niños —la persona a quien ellos llaman “Mama”— es su abuela, la madre de Rowena. Pero la abuela trabaja de maestra con horarios sorprendentemente prolongados, desde las 7:00 de la mañana hasta las 9:00 de la noche. Cuando Rowena relata su historia, dice poco acerca de su padre, el abuelo de sus hijos (a los hombres filipinos no se los anima a participar activamente en la crianza de los niños). Y el abuelo materno no se relaciona mucho con sus nietos, por lo cual Rowena ha contratado a Anna de la Cruz, quien llega a la casa todos los días a las 8:00 de la mañana para cocinar, limpiar y cuidar a los niños. A su vez, Anna de la Cruz deja a su hijo adolescente al cuidado de su suegra octogenaria.

La vida de Rowena refleja una importante y creciente tendencia global: la importación del amor y el cuidado de los países pobres por parte de los países ricos. Hace ya algún tiempo, muchos profesionales prometedores y altamente capacitados abandonan hospitales sin suministros, escuelas empobrecidas, bancos vetustos y otros lugares relegados del Tercer Mundo en busca de las mejores oportunidades y los salarios superiores que les ofrece el primero. A medida que las naciones ricas se enriquecen y las pobres se empobrecen, esta corriente unidireccional de talento y capacitación continúa ampliando la brecha que separa a ambos mundos. Pero paralelamente a este drenaje de cerebros se ha desarrollado una tendencia más oculta y desgarradora: las mujeres, que suelen cuidar a los niños, los ancianos y los enfermos en sus propios países pobres, se mudan a los países ricos para cuidar allí a niños, ancianos y enfermos, en calidad de mucamas, niñeras o asistentes de guarderías y geriátricos. Se trata de un drenaje del cuidado.

El movimiento de trabajadores del cuidado desde el Sur hacia el Norte no es completamente nuevo. Sin embargo, uno de sus aspectos no tiene precedentes: el alcance y la velocidad que han adquirido las migraciones de mujeres en busca de estos empleos. Una gran cantidad de factores contribuyen a la creciente feminización de las migraciones. Entre ellos se cuenta el ensanchamiento de la brecha que separa a pobres y ricos del mundo. En 1949, Harry S. Truman declaró en su discurso inaugural que el hemisferio Sur—donde se hallan las naciones poscoloniales de África, Asia y América Latina—estaba subdesarrollado, y que era tarea del Norte ayudar al Sur a “ponerse al día”. Pero en los años que transcurrieron desde entonces, la brecha entre el Norte y el Sur no ha hecho más que ensancharse. En 1960, por ejemplo, las naciones del Norte eran veinte veces más ricas que las del Sur. Hacia 1980, la diferencia ya había superado su duplicación, y el Norte era cuarenta y seis veces más rico que el Sur. De hecho, según un estudio del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, la situación de sesenta países estaba *peor* en 1999 que en 1980 (*New York Times*, 1 de septiembre de 2001, A8). Las corporaciones multinacionales son “el músculo y el cerebro” detrás del nuevo sistema global y su creciente desigualdad—como señala William Greider (1998: 21)—, y las quinientas corporaciones más grandes (168 en Europa, 157 en los Estados Unidos y 119 en el Japón) han septuplicado sus ventas a lo largo de los últimos veinte años.

Como resultado de esta polarización, la clase media del Tercer Mundo gana ahora menos que los pobres del primero. Antes de migrar desde Filipinas a los Estados Unidos e Italia, los trabajadores domésticos entrevistados por Rhacel Parreñas en la década de 1990 ganaban un promedio de 176 dólares por mes, a menudo trabajando como maestros, enfermeros y

empleados administrativos. Sin embargo, por desempeñarse en trabajos menos especializados –aunque no menos difíciles–, como los de niñera, mucama o asistente de guarderías infantiles, tienen la posibilidad de ganar 200 dólares mensuales en Singapur, 410 en Hong Kong, 700 en Italia y 1.400 en Los Ángeles. Para tomar sólo un ejemplo, en Colombo, Sri Lanka, una mujer que cursó hasta el quinto grado de la escuela puede ganar 30 dólares mensuales más cama y comida como mucama doméstica, o 30 dólares como vendedora de tienda sin alojamiento ni comida, pero trabajando de niñera en Atenas gana 500 dólares por mes, con habitación y comida.

El dinero que esas mujeres envían a su casa proporciona alimento y techo a su familia, y a veces también ahorros para montar un pequeño negocio. De los 750 dólares que Rowena Bautista gana por mes en los Estados Unidos, envía 400 a casa para la comida, la ropa y la educación de sus hijos, y 50 a Anna de la Cruz, quien comparte ese dinero con su suegra y sus hijos. Tal como lo evidencia la historia de Rowena, una manera de responder a la brecha que separa a los países ricos de los pobres consiste en cerrarla personalmente, emigrando con el propósito de conseguir un empleo mejor pago.

A medida que se ensancha la brecha entre los ricos y los pobres del mundo, el mundo en sí –su capital, sus imágenes culturales, sus preferencias de consumo y sus pueblos– se integra cada vez más. A raíz de la actual difusión de películas y programas televisivos occidentales –especialmente estadounidenses–, los pueblos del Sur pobre han adquirido muchos conocimientos sobre el Norte rico. Sin embargo, como si se tratara de una especie de *striptease* material, aprenden sólo acerca de lo que *tiene* la gente.

La ascendente desigualdad y el atractivo que ejerce la prosperidad del Norte han contribuido indudablemente a lo que Stephen Castles y Mark Miller (1998: 8; véase también Zlotnik, 1999) llaman “globalización de las migraciones”. Para hombres y mujeres por igual, la migración ha devenido la solución personal de un problema público. Desde 1945, y en especial desde mediados de los años ochenta, se han producido migraciones de una proporción pequeña pero creciente de la población mundial. Los emigrantes salen de países diferentes para llegar a países aun más diferentes. La migración no es en absoluto un proceso inexorable; sin embargo, tal como observan Castles y Miller, “en la actualidad, el volumen de las migraciones aumenta en todas las regiones más importantes” (1998: 5). La Organización Internacional de Migraciones estima que 120 millones de personas se trasladaron de un país a otro en 1994, en condiciones de legalidad o ilegalidad. Entre 15 y 23 millones de esos emigrantes –el 2 por ciento de la población mundial– son refugiados o solicitan asilo. En cuanto al resto,

algunos viajan para reunirse con miembros de la familia que han emigrado antes, pero la mayoría lo hace en busca de trabajo.

Tal como lo muestra una serie de estudios, la mayoría de las migraciones tienen lugar a través de contactos personales con redes de emigrantes compuestas por parientes y amigos, y parientes y amigos de parientes y amigos: un emigrante induce al otro. Redes y vecindarios enteros abandonan su país para buscar trabajo en el extranjero, y luego regresan con historias, dinero, experiencia y contactos. Así como los hombres forman redes a través de las cuales se transmite información laboral, las trabajadoras domésticas que emigraron a Nueva York, Dubai o París instruyen a sus parientas y amigas acerca de cómo arreglar los papeles, viajar, buscar empleo y establecerse.

Hoy en día, la mitad de los emigrantes del mundo son mujeres. Uno de cada diez ciudadanos de Sri Lanka –mujeres en su mayoría– trabaja en el extranjero. Castles y Miller (*ibid.*: 9) explican lo siguiente:

Las mujeres desempeñan un papel cada vez más significativo en todas las regiones y en todos los tipos de migraciones. En el pasado, la mayoría de los emigrantes por motivos laborales eran hombres. Muchos movimientos de refugiados estaban formados principalmente por hombres, y las mujeres solían ser encasilladas en la categoría de “reunión familiar”. A partir de los años sesenta, las mujeres han desempeñado un papel fundamental en la emigración de trabajadores. Actualmente son mayoría en movimientos tan diversos como el de los caboverdianos que migran a Italia, el de los filipinos que migran a Medio Oriente y el de los tailandeses que migran a Japón.²

De esas trabajadoras, una enorme cantidad emigra para tomar empleos domésticos. La demanda de sirvientes domésticos ha aumentado en los países desarrollados, donde casi se había extinguido, y también en las economías de rápido crecimiento, como Hong Kong y Singapur, donde –según Castles y Miller (*ibid.*: xi)– “gracias a los sirvientes inmigrantes –de Filipinas, Indonesia, Tailandia, Corea y Sri Lanka– las mujeres de las economías más ricas pueden aprovechar nuevas oportunidades laborales”.

2 Véase también el simposio técnico sobre Migración internacional y desarrollo, Asamblea General de las Naciones Unidas, sesión especial sobre la Conferencia Internacional acerca de población y desarrollo, La Haya, Holanda, 29 de junio/2 de julio de 1998, Resumen Ejecutivo. Véase también *Migrant News*, N° 2, noviembre de 1998, p. 2.

Hoy en día hay muchas más mujeres del Primer Mundo que tienen un trabajo pago. Trabajan más horas por día, más meses por año y durante más años. En consecuencia, necesitan ayuda para cuidar a su familia (véase Hochschild, 1997a: XXI, 268). En la década de 1950, sólo el 15 por ciento de las mujeres con hijos menores de 6 años tenía un empleo asalariado, en tanto que hoy en día el índice ha ascendido al 65 por ciento. En la actualidad trabaja el 72 por ciento de las mujeres estadounidenses. Entre ellas se cuentan las abuelas y las hermanas que hace treinta años se habrían quedado en la casa a cuidar a los hijos de los parientes. Así como las abuelas del Tercer Mundo pueden trabajar cuidando personas en el extranjero, también hay más abuelas del Primer Mundo que trabajan: una razón más por la cual las familias del Primer Mundo buscan asistentes fuera del núcleo familiar.

Las mujeres que quieren obtener éxito profesional o corporativo en el Primer Mundo se enfrentan a fuertes presiones laborales. La mayoría de las carreras laborales siguen basándose en un modelo muy conocido (masculino): llevar a cabo tareas profesionales, competir con los colegas, obtener reconocimiento por el trabajo, hacerse una reputación, lograrlo durante la juventud, acaparar el escaso tiempo disponible y minimizar el trabajo doméstico mediante la contratación de otras personas. En el pasado, el profesional era un hombre; la “otra persona” era su esposa. La esposa supervisaba a la familia, y la familia era una institución flexible y preindustrial involucrada en experiencias humanas que el lugar de trabajo excluía: nacimientos, crianza, enfermedades, muerte. Hoy en día existe una creciente “industria del cuidado” que ha ocupado el lugar tradicional de la esposa, circunstancia que crea una demanda muy real de mujeres inmigrantes.

No obstante, en tanto que las mujeres de clase media del Primer Mundo abordan carreras profesionales moldeadas según el antiguo parámetro masculino, cumpliendo horarios prolongados en empleos exigentes, sus niñas y otras trabajadoras domésticas padecen una versión extremadamente exagerada de la misma situación. Que dos mujeres trabajen por un salario es algo bueno, pero que dos madres renuncien a todo por el trabajo es algo bueno que ha ido demasiado lejos. En última instancia, tanto las mujeres del Tercer Mundo como las del primero participan en un juego económico que las supera y cuyas reglas ellas no han escrito.

Las tendencias esbozadas más arriba –polarización global, contacto cada vez mayor y crecimiento de redes femeninas transcontinentales– han incrementado la migración de mujeres. También han modificado las razones por las cuales migran las mujeres. Cada vez se trasladan menos mujeres en pos

de la “reunificación familiar”, y cada vez más mujeres lo hacen en busca de trabajo. Y cuando encuentran trabajo, a menudo ingresan en el creciente “sector del cuidado”, que ahora, de acuerdo con la economista Nancy Folbre (2001: 55), abarca el 20 por ciento de los empleos estadounidenses.

Al parecer, un número grande de las mujeres que migran para ocupar dichas posiciones son madres que crían solas a sus hijos. Aquí cabe mencionar que aproximadamente una quinta parte de los hogares del mundo tienen una mujer como cabeza de familia: el 24 por ciento en el mundo industrializado, el 19 por ciento en África, el 18 por ciento en América Latina y el Caribe, y el 13 por ciento en Asia y el Pacífico. Algunas de esas mujeres están solas porque el marido las abandonó o porque escaparon de matrimonios en los que recibían malos tratos. Además de las madres solas, existe un grupo fantasma de madres “casi” solas, casadas sólo nominalmente con hombres alcohólicos, jugadores, o simplemente demasiado vencidos por las penurias de la vida como para salir adelante. Por ejemplo, una niñera filipina que ahora trabaja en California estaba casada con un hombre cuyo pequeño negocio había colapsado a causa de la competencia exterior. Dado que no lograba encontrar un empleo aceptable y bien pago en el extranjero, el hombre instó a su esposa a que “saliera a hacer dinero” como bailarina erótica en un café del Japón para volver a poner en marcha su negocio con los ingresos obtenidos de esa manera. Horrorizada ante el pedido, la mujer se separó de su marido y viajó a los Estados Unidos para trabajar de niñera.

Muchas de las mujeres inmigrantes —si no la mayoría— tienen hijos. La edad promedio de las mujeres que migran a los Estados Unidos es de 29 años, y una proporción considerable proviene de países como Filipinas o Sri Lanka, donde la identidad femenina se desarrolla en torno de la maternidad y donde se registra un alto índice de nacimientos. Las mujeres inmigrantes, en especial las indocumentadas, a menudo no pueden llevar a sus hijos con ellas. La mayoría trata de dejarlos al cuidado de abuelas, tías y padres, aproximadamente en ese orden. El último recurso es un orfanato. Un número considerable de niñeras que trabajan en el Primer Mundo contratan niñeras para que atiendan a los hijos que dejaron en su país, ya sea como únicas cuidadoras o como asistentes de las parientas que quedaron a cargo de ellos. Por ejemplo, Carmen Ronquillo emigró de Filipinas a Roma para trabajar de mucama en la casa de una arquitecta, madre sola de dos hijos. En su país quedaron su marido, dos hijos adolescentes... y una mucama (véase Parreñas, 1998: 60).

Sin embargo, cualquiera que sea la manera en que esas madres organizan el cuidado de sus hijos, la mayoría sufre enormemente a raíz de la separación y expresa remordimientos durante las entrevistas. Una madre

inmigrante que había dejado a su bebé de 2 meses a cargo de un familiar dijo lo siguiente al ser entrevistada por la investigadora Rhacel Parreñas (1998: 123, 154): “Los primeros dos años sentí que me volvía loca. Créame si le digo que parecía tener graves problemas psicológicos. Me sorprendía a mí misma con la mirada perdida, pensando en mi bebé”. Otra mujer inmigrante relató entre lágrimas algo similar: “Cuando vi a mis hijos otra vez, pensé: ‘Oh, los niños crecen incluso sin su madre’. Cuando me fui, la menor tenía 5 años. Cuando la vi otra vez ya tenía 9, pero aún quería que la alzara en brazos”.

Las mujeres que emigran para trabajar suelen permanecer en sus países adoptivos con mayor frecuencia que los hombres; en realidad, la mayoría se queda. Al hacerlo, esas madres permanecen separadas de sus hijos, elección que para muchas implica una terrible tristeza. Algunas niñeras inmigrantes, aisladas en la casa de sus empleadores y debiendo enfrentar un trabajo que suele ser deprimente, hallan consuelo en prodigar a los niños ricos a su cargo todo el amor que desearían brindar a sus propios hijos. En una entrevista con Parreñas, Vicky Díaz, una maestra con estudios universitarios que dejó cinco hijos en Filipinas, expresó lo siguiente: “Lo único que puedes hacer es dar todo tu amor al niño [a tu cargo]. En ausencia de mis hijos, mi mejor alternativa era dar todo mi amor a ese niño” (*ibid.*: 123). Sin querer, esa mujer ha participado en un trasplante global de corazón.

Por mucho que sufran las madres, sus hijos sufren más. Y son muchos. Aproximadamente el 30 por ciento de los niños filipinos—aproximadamente ocho millones—viven en hogares donde al menos uno de los padres se ha ido al extranjero, y tienen sus homólogos en África, India, Sri Lanka, América Latina y la ex Unión Soviética. ¿Cómo están esos niños? No muy bien, de acuerdo con un estudio realizado sobre la base de más de setecientos casos que llevó a cabo el Centro de Migraciones Scalabrini, de Manila, en 1996. En comparación con sus compañeros de clase, los hijos de los trabajadores emigrantes caían enfermos con mayor frecuencia; eran más propensos a expresar enojo, confusión y apatía y su desempeño escolar era particularmente insatisfactorio. Otros estudios de la misma población muestran un aumento de la delincuencia y el suicidio infantil.³ Cuando se les preguntó a los niños entrevistados si también emigrarían cuando crecieran, dejando a sus propios hijos al cuidado de otras personas, todos respondieron que no.

Tales circunstancias permiten entrever el funcionamiento de una suerte de injusticia que vincula las privaciones emocionales de los niños en cuestión con la plétora de afecto que reciben sus homólogos del Primer Mundo.

3 Véase Frank, “High-paying Nanny positions”.

En su estudio sobre mujeres de color que hacen trabajos domésticos en su país de origen, Sau-Ling Wong (1994) argumenta que el tiempo y la energía que estas trabajadoras dedican a los hijos de sus empleadores se sustraen de los que, de lo contrario, recibirían sus propios hijos. Pero no todo es tiempo y energía, sino que también está implicado el amor. Desde esta perspectiva, podemos hablar del amor como un recurso injustamente distribuido: se lo extrae de un lugar y se lo disfruta en otro.

¿Es el amor verdaderamente un “recurso” al que el niño tiene derecho? Sin duda, en la Declaración de Derechos del Niño de las Naciones Unidas se afirma que todos los niños tienen derecho a disfrutar de una “atmósfera de felicidad, amor y comprensión”. Sin embargo, en cierta manera, resulta difícil poner en práctica esta reivindicación. Cuanto más amamos y nos aman, más profundamente podemos amar. El amor no tiene un carácter fijo como la mayoría de los recursos materiales. En otras palabras, si el amor es un recurso, es un recurso renovable; crea más de sí mismo. No obstante, Rowena Bautista no puede estar en dos lugares a la vez, y su día tiene una determinada cantidad de horas. Quizá también sea verdad que cuanto más amor Rowena le prodiga a Noa, menos les da a sus tres hijos que quedaron en Filipinas. Noa recibe más amor en el Primer Mundo, en tanto que Clinton y Princela reciben menos en el tercero. En este sentido, el amor se asemeja a un recurso escaso y limitado, a un mineral que se extrae de la tierra.

Quizá pueda decirse, entonces, que los sentimientos *son* recursos distributivos, pero que su comportamiento difiere en cierto modo del que caracteriza a los recursos materiales, ya sean escasos o renovables. De acuerdo con Freud, no “retiramos” ni “invertimos” el sentimiento, sino que lo desplazamos o lo desviamos. Se trata de un proceso inconsciente, por medio del cual no renunciamos a un sentimiento de amor u odio, por ejemplo, sino que buscamos un nuevo objeto para él; en el caso de los sentimientos sexuales, un objeto más apropiado que el original, que para Freud es nuestro progenitor del sexo opuesto. Si bien Freud aplicaba la idea de desplazamiento principalmente a las relaciones que se desarrollan en el interior de la familia nuclear, no recorreremos un trecho muy largo si nos valemos de ella para describir relaciones como las de Rowena y Noa. Tal como dijo Rowena en su entrevista con el reportero del *Wall Street Journal*, “Le doy a Noa lo que no puedo darles a mis hijos”.

Como era de esperar, los padres del Primer Mundo reciben encantados e incluso fomentan la desviación del amor que ponen en práctica sus niñas. Tal como lo describen algunos de estos empleadores, el amor que prodigan las niñas a los chicos que cuidan es un producto natural de la cultura del Tercer Mundo, con sus mayores expresiones de cariño, sus

cálidos lazos familiares, su intensa vida comunitaria y una tradición muy establecida de paciente amor maternal por los niños. Cuando contratan una niñera, muchos de los empleadores abrigan la esperanza implícita de importar la “cultura nativa” de un país pobre, y así reabastecer la diezmada cultura del cuidado de su propio país rico: importan los beneficios implícitos en los “valores familiares” del Tercer Mundo. El director de una guardería infantil cooperativa de la bahía de San Francisco declara lo siguiente:

Quizá suene extraño, pero las asistentes mexicanas y guatemaltecas saben cómo amar a un niño mejor que los padres blancos de clase media. Son más tranquilas, pacientes y alegres. Disfrutan más de los niños. Los padres profesionales tienen poco tiempo y están muy ansiosos por desarrollar los talentos de sus hijos. Yo les digo que realmente pueden aprender de las latinas y filipinas a expresar su amor.

Cuando se le preguntó por qué las madres anglosajonas se relacionan con sus hijos de manera tan diferente de la que caracteriza a las asistentes filipinas, el director de la guardería especuló lo siguiente: “Las filipinas se crían en un entorno más relajado y amoroso. No son tan ricas como nosotros, pero tampoco sufren tantas presiones respecto del tiempo, ni son tan materialistas ni tan ansiosas. Su cultura se orienta más hacia el afecto y la familia”. Una abogada estadounidense con un hijo expresó una idea similar:

Carmen simplemente disfruta de mi hijo. No se preocupa por [...] ver si aprende las letras o ingresa en un buen preescolar. Simplemente disfruta de su compañía. Y eso es lo que en realidad necesita Thomas, con los padres ansiosos y ocupados que tiene. Amo a mi hijo más que a nada en el mundo, pero Carmen es mejor para él en esta etapa.

Las niñeras filipinas que entrevisté en California describen un cuadro muy diferente del amor que prodigan a los niños a su cargo. No se trata de la importación de un feliz amor maternal y campesino, sino de un sentimiento que en parte se desarrolla en estas tierras, configurado por la ideología estadounidense de los lazos materno-filiales y alimentado por una intensa soledad y la añoranza de los hijos propios. Si el amor es un recurso precioso, no se extrae simplemente del Tercer Mundo para luego implantarlo en el primero; antes bien, el amor de las niñeras se “ensambla” aquí con elementos que vienen de aquí y de allá.

Para María Gutiérrez, que cuida el bebé de 8 meses de dos profesionales con mucho trabajo (una abogada y un médico filipinos que se radica-

ron en San José, California), la soledad y el horario prolongado de trabajo fomentan el amor que siente por la hija de sus empleadores. “Amo a Ana más que a mis dos hijos. ¡Sí, más! Es extraño, lo sé. Pero tengo tiempo para estar con ella, ya que me pagan por hacerlo. Aquí me siento sola; trabajo diez horas por día, con un día libre. No conozco a ningún vecino de la cuadra. Así que esta nena me da lo que necesito”.

Además, María está en condiciones de prodigar a la hija de sus empleadores una clase de atención y cuidados diferentes de los que pudo brindar a sus propios hijos. “Soy más paciente —explica—, más tranquila. Ana está en primer lugar. En cambio, a mis hijos los traté igual que como me trató mi madre.”

Cuando le pregunté cómo la había tratado su madre, respondió:

Mi madre creció en el seno de una familia agrícola. Llevábamos una vida difícil. Mi madre no era cálida conmigo. No me tocaba ni me decía “te quiero”. No creía que debiera hacerlo. Antes de que yo naciera, ella ya había perdido cuatro hijos: dos en abortos espontáneos y dos que murieron cuando eran bebés. Creo que temía amarme porque pensaba que yo también podía morir. Luego me hizo trabajar de “pequeña madre”: sobre mí recayó la tarea de cuidar a mis cuatro hermanos y hermanas menores. No tuve tiempo para jugar.

Por fortuna, una mujer mayor que vivía en la casa vecina se encariñó con María; a menudo la alimentaba e incluso la llevaba a dormir a su casa cuando la niña estaba enferma. María se sentía más cercana a los parientes de esa mujer que a sus propias tías y primas biológicas. En cierta medida, la habían “adoptado informalmente”, una práctica que ella describe como habitual en las áreas rurales filipinas e incluso en algunas ciudades, durante las décadas de 1960 y 1970.

De algún modo, María experimentó una infancia premoderna, marcada por la alta mortalidad infantil, el trabajo infantil y la ausencia de sentimentalismo, inserta en una cultura de fuerte compromiso familiar y apoyo comunitario. Con reminiscencias de la Francia del siglo xv que describe Philippe Ariès (1962) en *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, ésta era la infancia anterior a la idealización del niño y a la ideología de la maternidad intensiva desarrollada por la clase media moderna (véase también Hays, 1996). Lo más importante no era el sentimiento, sino el compromiso.

El compromiso de María con sus hijos, que tenían 12 y 13 años cuando ella emigró para trabajar, lleva la impronta de esa crianza. María los llama y les envía dinero, lloran o se enojan y pase lo que pase. El compromiso está

presente, pero el sentimiento requiere cierto esfuerzo. Ahora, cuando llama a su casa –dice María– “le digo a mi hija ‘te quiero’. Al principio sonaba falso, pero luego de un tiempo se volvió natural. Y ahora ella me lo dice a mí. Por extraño que parezca, creo que en los Estados Unidos aprendí que estaba bien decir esas cosas”.

La historia de María deja entrever una paradoja. Por un lado, el Primer Mundo extrae amor del Tercer Mundo. Pero parte de lo que se extrae se produce aquí, a raíz del tiempo libre, el dinero, la ideología de la infancia, la intensa soledad y la añoranza de los hijos propios. En el caso de María, una infancia filipina premoderna y una ideología estadounidense posmoderna de los cuidados maternos y la infancia, sumadas a la soledad de la emigración, se combinan para producir el amor que ella brinda a la hija de sus empleadores. Ese amor también es fruto de su libertad en relación con las presiones y las ansiedades que embargan a los padres en una cultura desprovista de protección social: una cultura en la que tanto padres como hijos tienen que “arreglárselas” con su trabajo porque ninguna política estatal, ninguna comunidad o vinculación familiar alcanza la confiabilidad necesaria para sostenerlos. En este sentido, el amor que María brinda en calidad de niñera no padece los efectos discapacitantes del capitalismo tardío en su versión estadounidense.

Si todo ello es verdad –si es cierto que el amor de la niñera es producido, al menos en parte, por las condiciones en las que se brinda– cabe preguntarse si el amor que siente María por un niño del Primer Mundo realmente se sustrae del que deberían recibir sus hijos del tercero. Y la respuesta es sí, porque a esos hijos se les ha quitado la presencia diaria de la madre, y con ella la expresión cotidiana de su amor. Si bien es cierto que quien pone en práctica la sustracción es la propia niñera, también es verdad que ella sufre a la par de sus hijos esa pérdida del afecto. He ahí la libra de carne que reclama la globalización.

Por curioso que parezca, el sufrimiento de las mujeres emigrantes y de sus hijos rara vez se hace visible a los ojos de quienes se benefician con el amor de la niñera en el Primer Mundo. La madre de Noa pone de relieve la relación que establece su hija con Rowena. La madre de Ana pone de relieve la relación que establece su hija con María. Rowena ama a Noa y María ama a Ana: eso es todo lo que importa. El amor de la niñera es una cosa en sí misma. Es exclusivo, privado: es un fetiche. Marx habló del fetichismo de las mercancías, no de los sentimientos. Cuando hacemos un fetiche de un objeto –un automóvil lujoso, por ejemplo– vemos ese objeto con independencia de su contexto. Hacemos caso omiso de los hombres que recolectaron el látex, los obreros que atornillaron los neumáticos en la línea de

montaje, y así sucesivamente. De la misma manera en que aislamos la idea que tenemos de un objeto de la escena humana en que éste fue producido, también separamos sin advertirlo el amor entre niñera y niño del orden capitalista del amor al cual pertenece en gran medida.

La noción de extraer recursos del Tercer Mundo a fin de enriquecer el primero no es en absoluto novedosa. Se remonta al imperialismo en su forma más literal: la extracción decimonónica de oro, marfil y caucho del Tercer Mundo. Ese imperialismo abiertamente coercitivo y centrado en los hombres, que persiste hoy en día, siempre trajo aparejado un imperialismo más silencioso en el que las mujeres ocupaban un lugar menos periférico. Ahora que el amor y el cuidado han pasado a ser el “nuevo oro”, el aspecto femenino de la historia ha adquirido mayor prominencia. En ambos casos, a raíz de la muerte o el desplazamiento de sus padres, los niños del Tercer Mundo pagan los platos rotos.

El imperialismo en su forma clásica implicó el saqueo de los recursos materiales del Sur por parte del Norte. Casi todos sus protagonistas eran hombres: exploradores, reyes, misioneros, soldados, y también los hombres del lugar que recolectaban el látex y otros recursos a punta de pistola. Los estados europeos otorgaron legitimidad a tales iniciativas y en su respaldo se desarrollaron ideologías —“la carga del hombre blanco” en Gran Bretaña y *la mission civilisatrice* en Francia—, que ponían de relieve los beneficios que conllevaba la colonización para los colonizados.

La brutalidad que caracterizó al imperialismo de aquella era no debe minimizarse, y mucho menos si comparamos la extracción de recursos materiales del Tercer Mundo que se produjo por entonces con la extracción actual de recursos emocionales. El Norte de hoy no extrae amor del Sur por la fuerza: no hay funcionarios coloniales de cascos bronceos, ni ejércitos invasores ni barcos armados que navegan hacia las colonias. En su lugar, vemos una escena benigna con mujeres del Tercer Mundo que empujan cochecitos de bebé y trabajadores del Tercer Mundo que, armados de paciencia, caminan del brazo con los ancianos a quienes cuidan y se sientan junto a ellos en las calles y en los parques del Primer Mundo.

Hoy en día, la coerción actúa de otra manera. Si bien el comercio sexual y algunos servicios domésticos se imponen con brutalidad, en líneas generales el nuevo imperialismo emocional no se ejerce a punta de fusil. Es verdad que las mujeres eligen emigrar para hacer trabajos domésticos, pero lo eligen porque las presiones económicas las compelen a hacerlo. El abismo que se abre entre los países ricos y los países pobres es en sí mismo una coerción, pues empuja a las madres del Tercer Mundo a buscar trabajo en

el primero por falta de opciones más cerca de su hogar. Sin embargo, dada la ideología imperante de libre mercado, la migración se considera una “elección personal” y sus consecuencias se ven como “problemas personales”. En este sentido, lejos de constituir una carga del hombre blanco, la migración crea, a través de una serie de eslabones invisibles, una carga del niño moreno.

Es posible que algunos hijos de mujeres emigrantes de Filipinas, Sri Lanka, México y otros lugares reciban muy buenos cuidados de parientes cariñosos en su comunidad. Necesitamos más información si queremos saber realmente en qué situación están esos chicos. Sin embargo, si descubrimos que no les va bien, ¿cómo hemos de responder? Se me ocurren tres enfoques posibles. En primer lugar, podríamos decir que las mujeres de cualquier lugar deberían quedarse a cuidar a su propia familia. El problema de Rowena no es la emigración, sino el descuido de su rol tradicional. Un segundo enfoque consistiría en negar la existencia del problema: el drenaje del cuidado es un resultado inevitable de la globalización, que en sí es buena para el mundo. Una oferta de trabajo ha satisfecho una demanda; ¿cuál es el problema? Si el primer enfoque condena la migración mundial, el segundo la celebra. Y ninguno de los dos reconoce sus costos humanos.

De acuerdo con un tercer enfoque —por el cual me inclino—, el cuidado pago y afectuoso de los niños con horarios razonables es algo bueno. Y la globalización trae aparejadas nuevas oportunidades, tales como el acceso a un buen salario por parte de una niñera. Sin embargo, también introduce realidades emocionales nuevas y dolorosas para los niños del Tercer Mundo. Es preciso comprender las necesidades que aquejan a las sociedades del Tercer Mundo, incluidos sus niños. Necesitamos desarrollar un sentido global de la ética que se ajuste a las realidades emergentes de la economía global. Si vamos a comprar un par de zapatillas Nike, tenemos que saber cuán bajo fue el salario y cuán prolongado el horario laboral del trabajador que las fabricó en el Tercer Mundo. De la misma manera, si Rowena cuida a un chico de 2 años a diez mil kilómetros de su casa, nos incumbiría saber qué ocurre con sus propios hijos.

Si elegimos este tercer enfoque, ¿cuál sería nuestro deber, o el de las personas del Tercer Mundo? Un itinerario obvio estribaría en desarrollar la economía de las Filipinas u otras del Tercer Mundo de modo tal que sus ciudadanos ganen tanto dinero en su país como en el extranjero. Entonces, las Rowenas del mundo podrían mantener a sus hijos sin verse obligadas a salir de su país. Si bien una solución tan obvia —por muy difícil que sea lograrlo— parece ideal, Douglas Massey (1998, 1999), especialista en migra-

ciones, señala algunos problemas inesperados que podrían surgir, al menos a corto plazo. En opinión de Massey, no es el subdesarrollo lo que envía a los emigrantes como Rowena al Primer Mundo, sino precisamente el desarrollo. Cuanto más alto sea el porcentaje de mujeres que trabajan en las fábricas locales, sostiene Massey, mayores serán las posibilidades de que cualquier mujer emprenda un primer viaje al extranjero sin documentos. Quizás esas mujeres amplíen sus horizontes. Quizá conozcan a otras que ya han ido al extranjero. Quizá lleguen a desear mejores empleos y más bienes. Cualquiera sea su motivación original, cuantas más personas de su comunidad migren, mayores serán las posibilidades de que migren ellas también.

Si el desarrollo suscita migraciones, y si somos partidarios de alguna forma de desarrollo, necesitamos encontrar respuestas más humanas a las migraciones que pueda ocasionar ese desarrollo. En el caso de las mujeres que migran para huir de maridos abusivos, parte de la respuesta consistiría en crear soluciones que no las alejen del hogar; por ejemplo, refugios contra la violencia de género en sus países de origen. Otra respuesta consistiría en facilitar la posibilidad de que las mujeres emigrantes lleven a sus hijos con ellas. O bien, como último recurso, sería lícito exigir a los empleadores que financiaran viajes regulares de la niñera a su país.

Claro está que una solución más elemental consiste en elevar el valor laboral del cuidado, de manera tal que quienes lo llevan a cabo obtengan mayores recompensas. En este caso, el cuidado ya no sería un empleo pasajero. Y he ahí la cuestión: bajo el impacto de la globalización, el valor del trabajo realizado para criar a un niño —que siempre ha sido bajo en relación con otros empleos— ha descendido más aun. Huelga decir que los niños tienen un valor inconmensurable para sus padres, pero la tarea de criarlos no gana mucho crédito a los ojos del mundo. Cuando las amas de casa de clase media criaban niños en calidad de tarea impaga de tiempo completo, su trabajo estaba dignificado por el aura de la clase media. Ése era el único aspecto positivo que el culto de la clase media decimonónica y de principios del siglo xx otorgaba a la feminidad, a la que restringía en todos los otros aspectos. Pero cuando el trabajo impago de cuidar a un hijo devino el trabajo pago de los empleados que cuidan niños, su bajo valor de mercado reveló la pertinaz desvalorización atribuida en general al trabajo de cuidar personas, y descendió aun más.

El escaso valor que se atribuye al trabajo de cuidar no resulta de una ausencia de necesidad ni de su simplicidad o facilidad. Antes bien, el valor decreciente de la tarea de cuidar niños resulta de una política cultural basada en la desigualdad. Puede comparárselo con el valor decreciente de los cultivos alimenticios en relación con los bienes manufacturados en el marco

del mercado internacional. A pesar de que son claramente más necesarios para la vida, los cultivos como el trigo y el arroz valen cada vez menos, en tanto que los bienes manufacturados se valorizan cada vez más. Del mismo modo en que el precio de mercado adjudicado a los productos primarios mantiene al Tercer Mundo en una posición desventajosa dentro de la comunidad de naciones, el escaso valor que se atribuye al trabajo de cuidar personas mantiene bajo el estatus de las mujeres que lo hacen y, en última instancia, el valor de todas las mujeres.

Una excelente manera de elevar el valor del cuidado consiste en involucrar al padre en su realización. Si los hombres de todo el mundo compartieran con las mujeres la tarea de cuidar a la familia, el cuidado se expandiría lateralmente en lugar de traspasarse hacia abajo en la escala de las clases sociales. En Noruega, por ejemplo, todos los hombres empleados tienen acceso a un año de licencia por paternidad con el 90 por ciento del salario, y aproximadamente el 80 por ciento de los hombres noruegos hacen uso de ella durante más de un mes. En este sentido, Noruega es un modelo para el mundo, porque fueron en realidad los hombres quienes siempre eludieron el trabajo de cuidar a otras personas, y fueron ellos quienes crearon el modelo de delegar la tarea en estratos inferiores.

En todas las sociedades desarrolladas, las mujeres trabajan fuera del hogar. De acuerdo con la Organización Mundial del Trabajo, la mitad de las mujeres de entre 15 y 64 años tienen un empleo pago. Entre las décadas de 1960 y 1980, sesenta y nueve de los ochenta y ocho países estudiados mostraron una creciente proporción de mujeres trabajadoras. A partir de 1950, el índice de incremento se ha disparado en los Estados Unidos, ha permanecido alto en los países escandinavos y Gran Bretaña, y moderado en Alemania y Francia. Si queremos sociedades desarrolladas con mujeres médicas, líderes políticas, maestras, conductoras de autobuses y programadoras de computación, necesitaremos personas calificadas que brinden cuidados afectuosos a sus hijos. Y no hay razón por la que en todas las sociedades no debiera existir ese tipo de trabajo pago. Más aun, quizá sea verdad que Rowena Batista o María Gutiérrez son las personas más apropiadas para llevarlo a cabo, siempre y cuando sus hijos tengan la posibilidad de permanecer con ellas o bien de recibir todos los cuidados necesarios. Después de todo, el artículo 9 de la Declaración de los Derechos del Niño (ONU, 1959) —que sólo Estados Unidos aún no ha firmado— establece una meta importante tanto para Clinton y Princela Bautista como para el feminismo: dice que necesitamos valorar el cuidado como nuestro recurso más precioso y tener en cuenta de dónde proviene y adónde va a parar, porque, en estos días, lo personal se ha vuelto global.